

# PONENCIA EN LA SESIÓN INAUGURAL DEL VII SÍNODO

*3 de junio de 2013*

**Mons. Fernando Chomali G.**

Arzobispo de la Santísima Concepción.

¿Porqué un Sínodo? Porque siempre tenemos que estar abiertos a la búsqueda. Nuestra tendencia general y natural es cerrar las ventanas. De vez en cuando debemos decirnos: vamos a abrir las ventanas, para escuchar y para ver más allá de nuestro propio horizonte.

Este Sínodo se hace más urgente que nunca porque el mundo cambió, las personas y los jóvenes son distintos, y tenemos que escucharlos en toda su realidad y tal cual son y no como nosotros quisiésemos que fuesen. En la Arquidiócesis de Concepción, y en el mundo, no existe “una cultura”: hay muchas culturas. Por ejemplo, la cultura de los jóvenes estudiantes de la Universidad de Concepción es distinta a la de los jóvenes de una universidad privada. La cultura del hombre del mar es distinta a la cultura del hombre de campo. La cultura del joven de ciudad es distinta a la cultura del joven que está en la zona minera. Hay “muchas culturas” de las cuales tenemos que hacernos cargo y tenemos que conocerlas para poder servirles en su realidad, y no en la nuestra. Eso es lo que yo llamo una evangelización inculturizada: no se trata de llegar con nuestros paradigmas de comprensión de la realidad, sino de escuchar la realidad y anunciar el Evangelio desde ella y para ella, lo que exige de nosotros un gran trabajo y esfuerzo.

Con todo, hay rasgos que son comunes, que en general están presentes en los medios de comunicación social y que han hecho mella en las personas; y que me parece fundamental para nuestra tarea evangelizadora conocerlos.

1. Lo primero es que se percibe una nueva forma de pensar y de sentir que va mucho más allá de lo objetivo. Es decir, hoy día hay una corriente que valora la subjetividad individual. “Lo que yo pienso, es lo que es”, y una gran incapacidad de reconocer la realidad tal cual es, impidiendo reconocer principios morales de valor universal. Como consecuencia de aquello se aprecia

un excesivo interés por los propios sentimientos y una carencia de interés por pensamiento propiamente racional. Ello dificulta mucho el diálogo y, sobre todo, el intento sincero de buscar honesta y humildemente la verdad. Creo que la Iglesia debe ser el gran espacio del diálogo sereno, maduro, para la búsqueda sincera de la verdad.

2. Otra cosa que me parece preocupante, y ahí nosotros tenemos una gran palabra que decir, es que hay un deficiente concepto sobre el ser humano. Realmente me llama la atención lo mal que nos tratamos: entre esposo y esposa, padre e hijo, en el mundo empresarial. Los malos tratos forman parte del “ethos” de nuestra cultura y ello es un desafío a la labor evangelizadora que promueve la fraternidad.

Nos estamos tratando muy mal, y ello también puede acontecer en nuestra propia vida eclesial. Tenemos que volver a reconocer el valor altísimo que tiene el ser humano, y tenemos que poner nuestra confianza en esta visión del hombre, porque hoy se ha inyectado una visión antropológica de corte materialista, que privilegia la ciencia y la técnica como factores de conocimiento, de cambio y de progreso. Y la verdad es que las píldoras de todos colores no van a cambiar al ser humano, lo que lo va a cambiar es un cambio de corazón y por eso nosotros apelamos a la conversión. Creemos que el cambio interior de las personas va a llevar a la posibilidad de construir un mundo mejor. Tenemos que hacernos cargo de ello y ser factores de paz, de unidad; descubrir en todas las personas lo bueno que tienen. Este cambio es fruto del conocimiento del Señor, de Jesucristo, y solamente será posible si hablamos una y mil veces del amor misericordioso de Dios. Si ustedes se fijan, los programas televisivos y la sociedad en general es cada vez más permisiva. Se permite todo. Se permite y promueve la píldora anticonceptiva y abortiva a niñas menores de 14 años, se permite la pornografía en la televisión y en internet. Se permite todo, se promueve todo, pero la sociedad no perdona. Nosotros claramente no permitimos eso, no promovemos eso, pero perdonamos. El perdón va a ser la característica más propia del cristianismo y de la Iglesia Católica; tenemos que avanzar mucho en ese camino y, sobre todo, el perdón a nivel nacional, porque todavía no se han cerrado muchas heridas.

3. Otro tema del cual tenemos que hacernos cargo en nuestra tarea evangelizadora es el mundo del trabajo. Hay mucha frustración en el mundo del trabajo, y creo que nosotros tenemos un evangelio del trabajo que realmente es buena noticia. La encíclica de Juan Pablo II, *Laborem exercens*, y la Doctrina

Social de la Iglesia forma parte de nuestra visión del mundo, del trabajo y la empresa; tenemos que conocerla más a fondo porque hay un debilitamiento de la justicia en dicho ámbito, especialmente en relación a los más pobres que trabajan en condiciones muy precarias. No tengamos miedo de invitar a los sindicatos, a estar cerca de ellos, a escuchar al mundo de la pobreza, del carbón; eso es parte de nuestra tarea evangelizadora, porque son personas que sufren mucho y porque Jesucristo hubiese estado ahí.

Especialmente yo veo el esfuerzo que hacen las mujeres. Todos sabemos que, en nuestra zona, la mujer es la proveedora del hogar en una gran mayoría. La pregunta es: ¿Cómo la acompañamos? ¿Qué palabra de aliento y de cercanía le damos? ¿Qué les dice la Iglesia a ellas, hoy?

4. Otra cosa que me parece importante, especialmente en este tiempo sinodal, es la urgencia de salir de nosotros mismos. Creo que la Iglesia será Iglesia si es Misionera. Y sobre todo, llevando el principio básico que es el Amor de Jesucristo: eso es hoy día lo que más necesitamos. Piensen un segundo en lo siguiente: el dinero que sus papás tenían a los 18 años, el dinero que ustedes tuvieron a los 18 años y el dinero que los jóvenes de hoy tienen a los 18 años. Es otro mundo. Comparen la libertad que tenía su padre a los 18 años, la libertad que teníamos nosotros a los 18 años, y la libertad que tienen los jóvenes hoy a los 18 años. Es otro mundo. ¿Cómo evangelizamos en la libertad? De qué manera les hablamos a los jóvenes de la libertad, que es una libertad asociada con el bien. ¿Cómo hablamos a los jóvenes de la pobreza, de las virtudes humanas y teologales? Ahí también hay un gran trabajo que realizar.

Si se dan cuenta Sínodo es el lugar para comprender el mundo de hoy y anunciar el evangelio, de acuerdo a las cuatro líneas que he trazado. Es distinto querer evangelizar a una mujer, dueña de casa, que a las tres de la tarde tiene todo listo para ir a catequesis, a una mujer que se levanta a las cinco de la mañana, que está dos horas en la micro, que vuelve cansada a hacer las tareas a su casa. Debemos preguntarnos de qué manera nosotros acogemos eso, porque también esa persona quiere conocer el Evangelio.

Tenemos que escuchar también a la familia. En Concepción, esto lo digo con estadísticas que conozco y que están a la mano, tener al padre en la casa es un lujo. La familia lamentablemente se ha desintegrado y las consecuencias de aquello son muy dramáticas. ¿De qué manera nosotros nos acercamos a esa urgencia y necesidad, y anunciamos la buena nueva de la familia? Créanme que

los jóvenes están muy dispuestos a tener una familia, porque todas las encuestas nos plantean que el joven lo que más quiere es formar una familia y tener un trabajo. Lamentablemente toda la acción política va exactamente por el lado contrario y poder formar una familia les resulta cada vez más difícil.

Debemos plantearnos de qué manera nosotros, como agentes evangelizadores, canalizamos ese deseo. Por ejemplo, ¿cómo generamos en la pastoral juvenil y parroquial escuelas de pololos, donde se hable de la castidad como un gran valor? Todos sabemos el nivel de frustración que sufren las chiquillas y chiquillos cuando tienen relaciones sexuales adolescentes, eso está demostrado por todos lados. Hace falta hacer ver la importancia que tiene el respeto del otro. No tengamos miedo de ir contra la corriente frente a este permisivismo social y moral que tanto daño nos hace.

Hace 40 años atrás, los únicos predicadores éramos nosotros y el Estado. La televisión en blanco y negro eran cuatro horas de programa que se veía mal, pero teníamos más contacto con nuestra familia, nuestros vecinos y nuestros amigos. Hoy día no somos los únicos predicadores; al contrario, hay muchos más predicadores y mucho más entretenidos para la mentalidad moderna que nosotros. Hay una interferencia ideológica que nos obliga a una nueva pedagogía, pues los medios de comunicación social se han convertido en verdaderos transmisores de contenidos. La presentación atrayente de conductas y estilos de vida reprobables, el tratamiento sensacionalista y superficial de los temas, constituye un magisterio paralelo con el cual las personas llegan a nuestra catequesis.

Pero nosotros, por lo menos yo, no podemos andar demonizando lo que acontece en el mundo todo el tiempo. Eso está y tenemos que asumirlo y pensar en una nueva pedagogía por lo atractivo que resulta el anuncio del Evangelio. ¡Ese es nuestro gran desafío! Anunciar el Evangelio desde su belleza, su coherencia y fuente de felicidad. Hoy día resulta absolutamente impensable imponer. Lo que resulta es hacer descubrir a las personas el anhelo que Dios ha puesto en su corazón de Él, de sentido de la vida, de trascendencia. El anhelo de Dios está en el corazón de todo hombre y de toda mujer; debemos tomarlo, hacerlo nuestro, hacerlo crecer, alimentarlo, enriquecerlo. Ese justamente va a ser un cristiano maduro que dará frutos en la vida social y familiar.

Por eso, ¿cómo vamos a evangelizar si no nos hemos preguntado sobre la nueva realidad social, antropológica, en la cual vivimos? ¿Cómo vamos a

evangelizar si no nos hemos hecho una pregunta pedagógica para poder llegar efectivamente al hombre y a la mujer y al joven del siglo XXI en su cultura, en el aquí y ahora? Porque no nos olvidemos que el camino de la Iglesia es el hombre real y concreto. El hombre que se levanta en la mañana a trabajar, el joven que no tiene dinero para hacer un preuniversitario, el universitario que come una sopaipilla con ají todos los días. ¡Ese es el hombre concreto! El hombre frustrado que está sin trabajo, ese que quiere salir adelante. La familia concreta con un hijo preso o drogadicto. Pero tenemos que conocerlo bien y ver de qué manera llegamos a él.

Créame que éste es un camino que resulta fascinante, porque nuestra Iglesia se convierte en un gran referente, porque entrega de manera contundente lo que las personas buscan y que la sociedad es incapaz de dar. Nosotros nos movemos en esta paradoja: La sociedad nos invita a competir y nosotros invitamos a compartir; la sociedad nos invita a tener éxito, a ser los primeros, a tener poder, y nosotros renunciamos a eso para el servicio de los demás. Eso es justamente lo que resulta más atractivo a las personas y es lo que estamos llamados a hacer y, sobre todo, a vivir cada uno en su ámbito de trabajo.

Termino diciendo algo que he reflexionado mucho: hoy día la fe no se transmite por osmosis cultural. Por ejemplo, hoy me vine caminando de mi casa hasta acá, por calle Chacabuco, y no vi nada que tuviera que ver con Dios. Vi isapres, bancos, clínicas odontológicas preciosas... la transmisión por osmosis cultural de la fe se acabó. Yo hace tres años atrás tenía dos programas de televisión y de los dos me sacaron. En uno me cambiaron de las dos de la tarde del sábado, un horario prime, a las dos de la mañana; y del otro me llamó el camarógrafo para decirme que no íbamos a grabar más. Es decir, nos sacaron de la esfera pública.

Tampoco hoy día el Evangelio se transmite a través de la familia. Los primeros catequistas son naturalmente la familia, pero esa familia hoy día es escasa. Muchas familias, lamentablemente, están divididas, por lo que nosotros, los agentes evangelizadores, los catequistas, etc., somos los que tenemos la responsabilidad de evangelizar. Los profesores de religión, por ejemplo, son una gran riqueza en la tarea evangelizadora, porque en las escuelas públicas, son los únicos que les hablan de Dios a los jóvenes que no tienen acceso ni a la parroquia, ni a una capilla.

Tenemos cada vez un mayor protagonismo y es de todos, de los laicos. Por eso tenemos que cuestionarnos: ¿Cómo evangelizamos? ¿Cómo nos preparamos? Tenemos que cuestionarnos profundamente de qué manera servimos con el Evangelio, con la Buena Noticia de Jesucristo en este mundo cambiante, en este mundo incierto que corre mucho, pero no sabe para dónde va. Y, por otro lado, tenemos la misión de acompañar al mundo, porque no estamos contra el mundo, que quede claro. El mundo tiene su camino y nosotros no podemos encerrarnos ni vivir en su contra. ¡No! Eso no lo quiere la Iglesia. Ya en *Evangelii nuntiandi* aparece esta apertura al mundo y debemos ver lo que está pasando, ver cómo nos hacemos cargo.

Por ejemplo, les cuento una novedad. El Domingo llamé al intendente para, ahora que viene el referéndum de la Haya, Perú - Chile, ofrecerle una Misa a la Ciudad unos días antes, para rezar, para ponderar lo que significa y valorar la paz, la fraternidad. Me dijo que le parecía muy interesante, que lo íbamos a hacer y que me iba a ayudar. Tenemos que estar atentos a lo que pasa en el mundo o si no, podría suceder que nosotros tengamos nuestros propios caminos, mientras la sociedad va caminando por otro lado. Tenemos que acompañar al mundo porque es el hombre concreto, el hombre real, el camino que debe recorrer la Iglesia.

A mí me llena de alegría la posibilidad de tener este Sínodo porque significa abrirse a un nuevo modo, no rupturista, sino más bien asumiendo lo que hay, para enfrentar el desafío evangelizador de esta nueva cultura. Nos cuesta comprender todavía cómo hacer que la Iglesia sea servidora, que tenga las puertas abiertas, que anuncie sin miedo el Evangelio y la enseñanza de la Iglesia; y cómo hacerlo es lo que debemos pensar, es decir pensar una nueva pedagogía.

Por lo tanto no tengamos miedo de preguntarle a todo el mundo, de pensar, reflexionar, de juntarnos, en todos los ambientes, para que podamos ser fieles a la voz del Espíritu en pleno siglo XXI. Ese es justamente el gran desafío de este Sínodo y es la invitación que les hago yo como Arzobispo.

Muchas Gracias.